

En los versos de Lope se hace un barroco recorrido —transido de desengaño— desde el quieto presente de la muerte —la calavera como ruina— al cálido pasado de una bella cabeza de mujer. En la décima de Guillén el recorrido es de signo inverso. La muerte está subyacente, injertada en la vida, palpable en «el hueso ya difunto», en «la calavera inminente».

Hay en la novela de Emilia Pardo Bazán, *La Quimera*, un curioso episodio de magia científica en el que una mundana joven, a la vista de la radiografía de su mano, hecha por curiosidad, siente tal conmoción que se decide a ingresar como religiosa en un convento. Es —dentro de su artificio— un momento importante en la historia de la sensibilidad literaria española, porque nos da algo así como el paso de la materia al espíritu, desde la pedantería científicista heredada del XIX.

En la décima de Guillén la presencia de la muerte tiene una emocionada desnudez sin énfasis ni trucos. En cualquier caso, nos está revelando la presencia de una temática tradicional, que comunica vivo acento hispánico a uno de nuestros más universales poemas contemporáneos.

Pero Guillén no queda anclado en esa temática tradicional que, sobre todo en la época barroca, cristalizó hasta el tópico. Por eso, frente al tema de la rosa —tan ligado al del tiempo, al de la caducidad de todo lo terreno, al del doliente interrogante del *Ubi sunt*— Guillén adopta una actitud nueva, la adecuada a su fe de vida, la emanada del vital signo de Cántico.

En el poema *Los nombres* asoma el viejo tema de la fugacidad de la rosa, pero, en seguida, el poeta le da un nuevo sesgo, el suyo, el implicado en la intención y entraña de su libro:

